

ÁLVARO NÚÑEZ · ALBERTO DÍAZ

# PERRO VERDE

1. Humor de perros



ANAYA



1.ª edición: junio 2022

© Del texto y las ilustraciones: Álvaro Núñez y Alberto Díaz  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2022  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN: 978-84-698-9092-9  
Depósito legal: M-6859-2022

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

ÁLVARO NÚÑEZ · ALBERTO DÍAZ

# PERRO VERDE

1. Humor de perros

ANAYA



## ¡DESPIERTA, LOLO!

Tengo que reconocer que estoy algo nervioso. Cierro los ojos y respiro hondo.

Un segundo después, los abro de nuevo y veo que me están mirando. Soy el último en saltar, y toda la clase espera impaciente para ver mi voltereta lateral.

«Lo vais a flipar», pienso para animarme mientras comienzo a dar saltitos sin moverme del sitio, a la espera de que el profe dé la señal.

Dani y Fran, en primera fila, no quieren perderse. Lo están dando todo, venga a corear mi nombre: «¡Lolo! ¡Lolo!».

—¡Esos son mis amigos! —digo, dedicándoles un gesto de OK y sonriendo en modo Lolo pro HD.

Entonces es cuando distingo perfectamente que detrás de ellos está Margarita, y se me cambia la cara de color. ¡PUF! Solo de verla me entra un sudor frío que me recorre el cuerpo de arriba abajo, y se me revuelve el estómago como cuando huelo las lentejas con acelgas del comedor...

¿Cómo alguien que te gusta tanto puede provocarte una reacción tan desagradable? Nota mental: esto se lo tengo que preguntar a la profe de Ciencias.

Rápidamente, giro la cabeza para que Margarita no me pille mirándola. Ahora estoy viendo a Villegas, a Nico, a Almu y a la nueva. Esos pobres pardillos nunca en su vida podrán lograr la perfección de movimientos que va a pasar por delante de sus narices.

Y lo saben.



Por eso se conforman con verme: algo es algo.

Por fin, José Luis, el profe de Educación Física, sopla el silbato con fuerza.

Me toca.

Doy un saltito más y salgo disparado hacia adelante, pulverizando el récord mundial de velocidad.

Todo ocurre muy rápido. ¡Atención, damas y caballeros, en el centro de la pista, el plusmarquista Lolo! No parpadeen, que se lo pierden.



Y, en un visto y no visto, ejecuto la mejor voltereta lateral de la historia del colegio.

Del país.

¡Del planeta!

—¡Máquina! ¡Que eres un máquina! —gritan Dani y Fran locos de contentos, igual que si el Oliva hubiese ganado la final de la Champions en el último minuto.

A mi alrededor, mis compañeros de clase me están aplaudiendo tan fuerte que veo cómo les sale humo de las manos.

Qué locura.

Miro a Margarita a los ojos y no puede evitar ponerse colorada mientras me sonrío. Me encantaría que esto no acabase nunca. Pero, de repente, suena el espantoso timbre del cambio de clase.

¡No puede ser!

Cuando abro los ojos, tardo en darme cuenta de que estoy en la cama y no en el gimnasio, y de que el que ruge de manera insistente no es el timbre del cole, sino Tirano, mi dinosaurio despertador.

Me quedo un rato mirando al techo, sonriendo. Da igual que Tirano se desgañite con su mala uva de siempre, porque no va a conseguir ponerme de mal humor.





—Venga, va, te apago, que si no te vas a quedar afónico —digo en voz alta mientras lo desconecto y salgo de un salto de la cama—. ¡Hoy va a ser un día estupendo!

En cuanto estoy en pie me estiro bien, bostezo y me rasco la oreja derecha.

Mientras me pongo los pantalones, mi olfato detecta actividad en la cocina: tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos y leche con colacao. Mi desayuno favorito. Inmediatamente, el estómago me mete prisa para ir a desayunar.

Entro al baño, abro el grifo y me lavo la cara en un plis plas. Mientras me seco, intento reproducir en mi cabeza la sonrisa que he entrenado frente al espejo las mismas veces o más que la voltereta lateral. Me quito la toalla de la cara y me dispongo a ensayarla por última vez. Por fin ha llegado el gran día, y el sueño que he tenido solo puede ser una señal de que todo va a ir sobre ruedas.

Activo mis músculos faciales y levanto la mirada,  
buscando mi reflejo.

Y entonces... LO VEO.



La sonrisa Lolo pro HD salta por los aires y se convierte en la mueca que pongo cuando me dan una patada en la espinilla. ¿Qué tengo en la cabeza?

¿Dónde está mi flequillo? ¿Dónde mi media melena por la que todo el mundo me reconoce aunque esté de espaldas y a varios metros?

¡Es horrible! ¡Espantoso! ¡Rizado!

¡Rizado y VERDE!

Parpadeo varias veces para intentar que la pesadilla que tengo sobre mi cabeza deje de reflejarse en el espejo. Pero no hay forma: mi pelo de siempre ha desaparecido y no puedo evitar pegar un alarido de horror...

De todas maneras, lo más increíble es que, justo en ese preciso momento y procedente de la cocina, llega otro grito tan estremecedor como el mío (¡o incluso más!): es mi madre, no hay duda.

Inmediatamente después oigo cómo Colás, nuestro perro, comienza a ladrar como si lo estuviera atacando una jauría de gatos asesinos.

—¿Qué narices está pasando? —digo, saliendo disparado hacia la cocina.

Corro con la determinación de que, pase lo que pase, nada ni nadie va a fastidiarme el día. Y mucho menos después de haber tenido un sueño premonitorio tan chulo...

¿No dicen que los sueños hay que cumplirlos?

Recuerdo perfectamente que eso fue lo último que pensé antes de poner un pie en la cocina y encontrarme de bruces con **AQUELLO**.



Lolo es un máquina. Un fiero.

Saca buenas notas, juega al fútbol que da gusto verlo  
y cuando sonrío en modo Lolo pro HD, resulta hasta guapo.

¿Quién no querría ser como él?

Hasta que un día, sin saber cómo ni por qué, la vida se le  
vuelve del revés como si fuera un calcetín.



Estoy harto  
de que me  
pongan verde.

¿Puede el más guay  
de la clase convertirse  
en un perro verde y molar?



Ya lo dice el poeta:  
«caminante no hay canino,  
se hace canino al andar».

Tajaja.  
¡Cuánto os queda  
por aprender  
a los dos!



1525291

ISBN 978-84-698-9092-9



ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)